

sobre este tema subraya todo un párrafo que dice así: «Cada vez que el hombre y la mujer se encuentran reconociendo que pertenecen a una historia de 'gracia y alianza' y, por lo mismo, 'no excluyen a Dios de sus sentimientos', sino que consideran su historia como fuente de alabanza y de agradecimiento a Dios, cada vez que el encuentro mismo tiene en su origen una capacidad de oración recíproca y salvífica, se actualiza el misterio de la creación y la redención» (pp. 53-54).

Al tratar de la vocación de Nuestra Señora, habla en primer lugar de la llamada del cuerpo, que en el caso de Santa María el «cuerpo virgen se vuelve materno respecto a Dios» (p. 163). Observa que la primera llamada propiamente neotestamentaria es la de la Virgen, cuyo cuerpo fue llamado «para dar espacio físico-materno a su Palabra... Fue la vocación del cuerpo» (Ibid.). Como se ve, el A. habla de un modo figurado, ya que la llamada es al hombre en su totalidad, y no solamente al cuerpo como si se tratara de algo distinto y meramente material. Este lenguaje figurativo, ambiguo a veces, lo emplea también cuando habla de «la transustanciación de su carne (la de la Virgen) en la carne del Hijo» (p. 170). En nota aclara que no intenta hablar fisiológicamente, ni teológicamente debería de haber añadido.

La intencionalidad divulgadora del A. excusa que descuide detalles que son imprescindibles en una obra de cierto rigor científico. Así, por ejemplo, el citar a diversos autores sin la menor referencia bibliográfica (cfr. pp. 7, 14, 75, 77, 139, etc.). En este sentido habría que señalar las traducciones un tanto libres que en ocasiones hace (cfr. por ejemplo, la traducción de un texto de San Agustín en p. 8). Digamos, finalmente, que del Nuevo Testamento se considera sólo el caso de la Virgen, muy importante desde luego, pero no único. De todos modos creemos que el libro alcanza el objetivo propuesto de presentar unas consideraciones y unas vivencias en torno a la llamada de Dios al hombre y la respuesta de éste.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

Gerhard DAUTZENBERG - Helmut MERKLEIN - Karlheinz MÜLLER (ed.), *Zur Geschichte des Urchristentums*, Freiburg, Herder, 1979, 160 pp., 14 x 21,5.

Se trata de un volumen preparado por discípulos de Rudolf Schnackenburg, que el 5 de enero de 1979 cumplía 65 años de edad. Los seis trabajos que contiene quieren ser una contribución al estudio de la Cristiandad primitiva, que ha sido hasta el presente un campo de investigación relativamente descuidado por historiadores de la Iglesia y exégetas. Además de los tres editores, colaboran Alfons Weiser, Maria Waibel y Joseph Blank. Puede decirse que en el libro se dan cita la S. Escritura, la Teología y la Historia eclesiástica.

Gerhard Dautzenberg (Giessen) presenta las notas dominantes de la predicación sobre el Reino de Dios en el ámbito de la 1.^a Cristiandad

(pp. 11-32) y muestra cómo el anuncio del Reino incluye desde el principio el de Cristo (cfr. pp. 30-31). El autor llama la atención sobre el hecho de que la preeminencia creciente de la Cristología no ha disminuido en ningún momento la predicación del Reino de Dios, pero que el anuncio del Reino no constituye el *centro* de la 1.^a teología cristiana.

Helmut Merklein (Wuppertal) ofrece a nuestro juicio el estudio más importante del volumen (pp. 32-62). Se refiere al desarrollo de las fórmulas de Fe relativas a la Preexistencia del Hijo. Merklein se ocupa de una de las cuestiones que mayor atención, no siempre bien dirigida, han recibido en los últimos años por parte de exégetas y dogmáticos, y su trabajo resulta felizmente clarificador. Crítico de las tesis bultmanianas, el autor sostiene que el modelo niconal para enunciar la preexistencia del Señor debe buscarse en la tradición religiosa judía y no en una supuesta influencia pagano-gnóstica. La teología de la preexistencia de Cristo, expresión del correspondiente artículo de Fe, habría nacido en círculos cristianos de procedencia judeo-helenista, presentes en Jerusalén desde el comienzo mismo de la Iglesia. La formulación dogmática de la preexistencia se apoya en el pensamiento sapiencial bíblico, que era muy apto para expresar, llegado el momento, la supremacía ontológica y salvífica de Jesucristo sobre la Ley, el Templo y los ángeles (cfr. p. 54). El testimonio más antiguo de esta formulación se encuentra, según Merklein, en las palabras de Jesús recogidas en Mt. 11,28-30 y Lc. 13,34s.

Maria Weibel (Würzburg) analiza las palabras del Señor sobre el ayuno (pp. 63-93) contenidas en Mc. 2,18-22 y trata de determinar su impacto en la conducta de los primeros cristianos.

Alfons Weiser (Vallendar) se apoya en el episodio de la elección de Matías (Act 1,15-26) para estudiar el método histórico utilizado por San Lucas (pp. 97-110).

Karlheinz Müller (Würzburg) examina los aspectos históricos de la comparecencia de Jesús ante Herodes (pp. 111-141), que califica de escena ejemplar (Lc. 23,6-12) para entender algunas peculiaridades de Lucas al describir el proceso del Señor.

Finalmente, Joseph Blank (Saarbrücken) busca ofrecer unos criterios que ayuden a entender la diferencia entre herejía y ortodoxia en los primeros tiempos del Cristianismo (pp. 142-160). El intento no consigue, sin embargo, resultados aceptables, porque el autor parte de un principio inadecuado. Según Blank, la Iglesia primitiva no dispondría aún de criterios suficientes para separar con nitidez verdad dogmática y error. Naturalmente esta premisa, que vicia toda la investigación, no resiste un examen crítico a partir de las fuentes cristianas. La llamada *gran Iglesia*, para distinguirla de los grupos ajenos a la tradición evangélica, tuvo desde sus inicios la capacidad espiritual, el carisma, de discernir y enseñar la Verdad entregada por el Señor. La literatura apostólica y apologética del siglo II no sólo constituye un pronunciamiento autorizado frente a las herejías gnósticas, sino que permite ver con claridad las verdades cristianas en base a las que se denuncian los errores nacientes y se comienzan a exponer sistemáticamente los dogmas y principios evangélicos.

JOSÉ MORALES